

# EN LA ESTELA DE P. RICOEUR

Juan Masiá Clavel  
Universidad Pontificia Comillas, Madrid  
Universidad Sophia (Japón)

José Gómez Caffarena  
Universidad Pontificia Comillas, Madrid

P. Ricoeur fue, ante todo, un lector. Pasó la vida leyendo, en diálogo ininterrumpido con los pensamientos más diversos, tratando siempre de tender puentes entre todos ellos. Lector, que dominaba el arte de leer, Ricoeur nos enseñó a *filosofar leyendo y a leer interpretando*. Recordar agradecidos esta doble enseñanza nos parece una de las mejores maneras de contribuir al homenaje obituario navegando en su estela. También para él fue predilecta la metáfora platónica de la navegación. En su periplo por las costas del pensamiento arribó a los puertos más heterogéneos, pero siempre obsequiando a los unos con recuerdos traídos de los otros. Lo suyo era conjugar, en vez de oponer.

Al dedicarle estas breves líneas de gratitud coincidimos firmas emparentadas entre sí por tareas filosóficas semejantes, a la vez que por la amistad con el hermeneuta francés. Masiá había sido alumno de Caffarena cuando quienes habíamos releído a Tomás de Aquino a la luz de Kant y Heidegger leíamos, a comienzos de los sesenta, *El hombre lábil*. Maceiras, que tanto nos ha guiado para comprender a Ricoeur, presidía, en 1996, el tribunal en que defendía Domingo su tesis sobre la transformación hermenéutica de la fenomenología. Por eso, al juntarse nuestras firmas, modesta pero satisfactoriamente, para despedir al maestro en este número de la revista dedicado a su memoria, vivimos la participación en el presente homenaje como una procesión marítima de bajeles en la estela de una misma ruta junto al filósofo antropólogo y hermeneuta. En 1974, Caffarena recibía a Ricoeur en el Instituto Fe y Secularidad. En 1977 le recibía Masiá en la Universidad Sophia de Tokyo, para un simposio de hermenéutica. Ante la coincidencia del tema, comentaba Ricoeur su buen recuerdo de Fe y Secularidad, diciendo: «¡Siempre la fe y la secularidad, tan cercanas y tan lejanas! ¡Un encuentro tan necesario y tan difícil!».

Cuando hemos comentado entre nosotros la riqueza de aportaciones y sugerencias con que ha fecundado nuestro pensamiento la vida y la obra del pensador de Valence (1913-2005), nos parecía que la infinidad de sus afluentes confluía en un único río: la lectura. Leer y releer. Y, tras la relectura, nuevas repeticiones, esbozando siempre variaciones fenomenológicas, para retornar a segundas ingenuidades y leer una vez más, como si fuese la primera, lo tantas veces releído.

En 1977, en Tokyo, se celebraba un simposio interdisciplinar de filósofos, lingüistas, antropólogos y biblistas patrocinado por la Universidad Sofía. Planteó Masiá en aquella ocasión a Ricoeur una pregunta sobre el papel en su vida

y obra del *logos* griego y la esperanza cristiana. En respuesta a la pregunta, habló Ricoeur sobre lo mucho que significaba para él la actitud de búsqueda esperanzada como categoría, no solamente de la vida cotidiana, sino también de la actividad de reflexión filosófica. Dijo en ese contexto que la hermenéutica, característica de su estilo de filosofar, más que un arte de interpretar, es una actitud del espíritu, capaz de mediar entre los extremos, deshacer malentendidos y estar siempre tendiendo puentes.

¿Tendría usted, le preguntábamos a Ricoeur, ese sentido de la totalidad y esa capacidad de percibir y encontrar por doquier convergencias y mediaciones, si no hubiese heredado la pasión griega del *logos* y la inquietud de fe judeo-cristiana, que conduce a su filosofía en la dirección de la esperanza?

Respondía Ricoeur:

«Su pregunta toca un punto que me preocupa y he de decir que me embaraза el problema. Para mí la hermenéutica es toda una espiritualidad. Ni tenemos ya la totalidad en nuestras manos, ni nos contentamos con yuxtaponer. Hacemos un trabajo de totalización, sin tener aún la totalidad. Ni pensamos desde el absoluto, ni renunciamos a él. No optamos unilateralmente, ni por lo uno ni por lo múltiple. Hay, por tanto, que dejar lugar a la esperanza. Y, por cierto, la esperanza no sólo como categoría de la vida cotidiana, sino como categoría lógica. Así es un pensamiento que, ni se instala en lo absoluto, ni se resigna al sin sentido (*non sens*). Estamos en la verdad como en un medio (*milieu*). Aquí tiene sentido el uso de expresiones como rodeo: *détour, renvoie, passarelle*... Creemos en el *logos*, pero más cristiana que hegelianamente. Renunciamos a la arrogancia de todo saber absoluto...».

Impresiona la importancia que Ricoeur ha dado en toda su obra a la sabiduría práctica cuando hay que mediar en situaciones difíciles, especialmente cuando se trata de hallar alternativas en situaciones difíciles de dilemas y conflictos morales. Es un arte aprendido a la par con el arte de la lectura. Apostamos por un camino en las encrucijadas del texto. Seguimos caminando, es decir, seguimos leyendo y la lectura nos confirma lo atinado de la apuesta o nos la corrige. Hay una dialéctica entre la convicción y la crítica, entre la apuesta confiada por comprender y el esfuerzo paciente por explicar. En la lectura de la vida, que es el discernimiento ético, hay también un vaivén y tensión entre saborear y saber.

Años más tarde, en 1992, el mismo Ricoeur nos confirmaba esta impresión, con motivo de su recepción del doctorado *honoris causa* en la Universidad Complutense. Dijo entonces, en una de sus conferencias en Madrid: «Ahora aún doy más importancia que antes al tema de la sabiduría práctica, precisamente en relación con la ética que requiere la era de la tecnociencia». Al día siguiente de esta conversación, nos llamaba la atención la repetición de este tema en su discurso en el acto de recepción del doctorado en el Paraninfo de la Universidad Complutense, al hablar sobre la vulnerabilidad y fragilidad humanas en relación con el tema de la responsabilidad ética. En efecto, el lector filosofante y el filósofo lector que siempre ha sido Ricoeur no estaba solamente leyendo libros, sino leyendo autores, leyendo la vida y tratando de leerse a sí mismo: a «sí mismo como un otro», con quien hay que encontrarse por el *détour* de la lectura.

Pasaron unos años y, de nuevo, a fines del 96, en una conferencia que pronunció en la Residencia de estudiantes, en Madrid, se refirió en varias ocasiones a la sabiduría práctica, subrayando su especial interés por este tema, del que se había venido ocupando en los últimos años. Al terminar, se acercan Masía y Domingo a saludarle, y le proponen la misma pregunta que hacía casi veinte años antes suscitaba en Tokyo la respuesta de Ricoeur aludiendo a la confianza como categoría del pensamiento. Esta vez, con aire testamentario, recalcó el filósofo su énfasis en la *sagesse pratique*, apoyada en su apuesta por la confianza en que la comunicación es posible, la confianza en el interlocutor y la confianza en que dialogando avanza la comprensión: «justamente lo que hacemos al leer».

Ricoeur filosofó casi siempre al hilo de la lectura. En una velada de tertulia con él, nos recomendaba organizar así una clase de filosofía: «Escojan dos autores con tendencias muy opuestas; por ejemplo, hablar de la necesidad con Spinoza y, a continuación, de la libertad con Sartre. Tras introducirse dentro de ambos autores, junto con el alumno, salgamos de nuevo a adentrarnos en un tercer autor que sugiera posibles mediaciones, por ejemplo la “libertad en situación” según Merleau-Ponty, y ayudemos al alumnado a encontrar por sí mismos alternativas». Nos estaba enseñando así a filosofar y a dar clase de filosofía leyendo.

Nos enseñó también a leer interpretando. El consejo más elemental era: más amplitud y más profundidad. No quedarse en hermenéuticas parciales. Ir hacia una hermenéutica integral. Leer interpretando significa leer desde diversos puntos de vista. Ni sólo el autor, ni sólo el lector, ni sólo el texto en sus estructuras. Leer es interrogar e interpelar a un texto desde perspectivas muy diferentes, dejándose a la vez interrogar e interpelar por él.

Un primer punto de vista en el arte de leer e interpretar es el que se centra en el diálogo del lector con la obra que tiene ante sus ojos. Se pregunta Ricoeur: «¿qué me dice a mí este texto?». Esta perspectiva privilegia el contacto vivo entre el texto y su lector. Predomina en esta lectura la reacción personal del lector, que trata de superar la distancia entre el pasado de la obra y el presente de la interpretación. Se incorpora aquí lo mejor de las comprensiones existenciales.

Un segundo punto de vista del arte de leer pregunta por los orígenes de la obra en su autor o en el contexto de su época o de sus primeros lectores. Este enfoque conlleva estudiar: hacer historia del texto, en vez limitarse a tomarlo al pie de la letra. Se insiste aquí en la distancia que hay entre el pasado de la obra y el presente del intérprete, pero en vez de salvarlo trayendo el pasado al presente, se intenta que el lector actual haga por meterse en el pasado para comprenderlo desde el contexto de entonces. Se incorpora aquí lo mejor de los métodos histórico-críticos

Un tercer punto de vista del arte de leer es el que, dejando entre paréntesis al lector y al autor, se centra en la obra misma, su composición y su conjunto. En vez de colocarse delante o detrás del texto, trata de meterse dentro del texto mismo. En vez de preguntarse «¿qué me dice a mí este libro?» o «¿qué quiso decir el autor?», se pregunta «¿qué dice o puede decir el texto, aunque quizás

su mismo autor no lo pretendiera?». Deja, por tanto, hablar a la obra por sí misma. Se incorpora aquí lo mejor de los métodos estructurales.

Un cuarto punto de vista del arte de leer compensa los excesos a que conduciría por sí sola cada una de las tres perspectivas anteriores. Desde este cuarto ángulo se presta atención a las dimensiones de profundidad de un texto. Por ejemplo, se atiende a la corriente de la tradición «por debajo del texto», con la que conectamos los lectores de hoy con sus primeros lectores. Este enfoque es especialmente recomendable en el caso de textos, como pueden ser los de tradiciones religiosas, en los que su transmisión como una especie de «álbum de familia», por parte de una comunidad de interpretación, juega un papel decisivo. Este enfoque insiste en la dimensión de profundidad de la obra, lo que Ricoeur ha llamado «el mundo del texto» y Gadamer «la cosa del texto»; se acentúa en este caso una lectura receptiva para dejarse cambiar y dar identidad por el mundo que se abre ante nosotros al leer un texto que nos ayuda a ser nosotros mismos, nos da identidad y nos hace transparentes a nosotros mismos mientras lo leemos.

Si aplicásemos este esquema sobre el arte de leer al estudio del ser humano, se enriquecería la filosofía de lo humano. Partiendo del arte de leer textos, comprenderíamos el arte de leer al ser humano como integración de una diversidad de métodos complementarios: métodos experienciales, históricos, estructurales y sapienciales. Experiencia de la vida, conocimiento de la historia, reflexión de conjunto y sentido de lo místico tendrían que conjugarse en un saber que integre vida cotidiana y pensamiento, historia y estructuras, diacronía y sincronía, conocimiento y sabiduría, ciencia y filosofía, religión y poesía. Tal es la amplitud de horizontes y profundidad de calado a que nos invita el arte de filosofar leyendo y leer interpretando, según P. Ricoeur.

JUAN MASÍÁ CLAVEL  
JOSÉ GÓMEZ CAFFARENA